



V PREMIOS RELATOS CORTOS 2023



**Colegio de Médicos
de Cantabria**

**V PREMIOS
RELATOS CORTOS
2023**



**Colegio de Médicos
de Cantabria**

V Premios Relatos Cortos 2023
© Colegio de Médicos de Cantabria
Edita: Imprenta Ter, S. L.
ISBN: 978-84-09-57963-1
Dep. Legal: SA-27-2024

Índice

PRESENTACIÓN

Premio Relatos Cortos 2023.....	5
<i>Dr. Aurelio González-Riancho Colongues</i>	

PRIMER PREMIO

Nacer con El Principito y morir con Delibes	9
<i>Alfonso García Aranzábal</i>	

ACCESITS

¿De qué hablan nuestras bacterias?	23
<i>M.^a Luisa Maliaño Toca</i>	
Soledades.....	33
<i>Ernesto Romera Redondo</i>	

Concurso de Relatos Literarios del Colegio de Médicos de Cantabria

Dr. Aurelio González-Riancho Colongues

Aula Medicina y Humanismo del Colegio de Médicos de Cantabria

El Aula de Cultura del Colegio de Médicos de Cantabria nace en abril del año 2018 como Cátedra Abierta de “Medicina y Humanismo”, con la idea de unir Sanidad y Cultura, de aportar a los colegiados la posibilidad de participar en las Humanidades y con la intención de abrir la puerta del Colegio a nuestros ciudadanos para que, de alguna manera, nos conozcan algo mejor y no solamente en nuestra faceta como sanitarios. Cultura y Medicina como compañeras de viaje.

Continuábamos una tradición del médico humanista, fenómeno arraigado en nuestra Comunidad y que cuenta con personajes de la talla de los Doctores; Enrique Diego-Madrazo, Enrique Menéndez Pelayo, Gregorio Marañón, Diego Manuel

de Argumosa, Ramón de la Sota y Lastra y otros, también actuales.

Desde esa fecha, únicamente alterado por la pandemia COVID que nos obligó a hacer una larga pausa desde febrero del 2020 a septiembre del 2022, han intervenido diferentes expertos, algunos de ellos galenos, que han departido sobre médicos y doctoras, enfermedades, hospitales, épocas y también de Historia local, Patrimonio y Humanidades. Las charlas se continuaron con amenos debates y mucha participación.

En el año 2019, con ese mismo pensamiento nace el Concurso Literario de Relatos Cortos para colegiados de Cantabria. Se forma un jurado formado por Esperanza Botella Pombo, Rosa Coterillo del Río, Eva G. Fernández Ortiz, Fernando Abascal Cobo, Domingo de la Lastra Valdor y Aurelio González-Riancho Colongues como representante colegial. En estas cinco ediciones se han presentado muy buenos escritos de colegiados, algunos de ellos vinculados, lógicamente, al ámbito de la medicina y de las experiencias profesionales y otros a cuestiones que nos afectan como la amistad, la soledad, la muerte, la naturaleza y su olvido, la vida rural, el tercer mundo, las tecnologías y diferentes temas que en estos tiempos nos hacen pensar.

Alfonso García Aranzábal fue el ganador en los años 2019, 2020 y en este último 2023, con los relatos; “El profesor de

francés”, “La estantería de los libros indultados” y “Nacer con el Principito y morir con Delibes”. En el año 2021 el relato “Laura” de Carlos Alonso Palacio resultó ganador y Antonio Sazatornil Ruiz obtuvo el galardón en el año 2022 con “¿Locura o surrealismo?”.

Destacó el jurado otros relatos que obtuvieron accésit y entre ellos a Juan José Fernández Tejeiro con “El último raquero”, Elena Marín con “Aquel verano en Kiongwani”, David Castanedo con “Guerra y dancings”, Félix Pablo Arce con “Un drama rural”, Tomás Cobo Castro con “Virginia”, Marta María Cuadrado Rosón con “La Búsqueda”, José Manuel Ansola con “TAP, TAP, TAP”, María José Ortega con “Sí”, María Luisa Maliaño Toca con “De qué hablan nuestras bacterias” y Ernesto Romera Redondo con “Soledades”.

El jurado desea felicitar a todos los que participaron, el nivel fue alto y nos hicieron muchas veces reflexionar, por ello animamos a los médicos de Cantabria para que hallen ese momento mágico en que uno se encuentra consigo mismo ante una pluma o un ordenador para intentar plasmar en un papel tantas cosas y experiencias que nos proporciona el tránsito por la vida.

Santander 5 de enero de 2024

Alfonso García Aranzábal
PRIMER PREMIO

NACER CON EL PRINCIPITO Y MORIR CON DELIBES

Si me preguntan cuáles son mis primeros recuerdos, les diré que vagan por un planeta extraño donde riego una rosa por amor, el amor del Principito, con una inocencia pura y una amarga visión de los demás, en un universo sorprendente, con adultos incomprensibles. Me sentí como él durante años. Quizá fue a partir de entonces cuando hice de mi vida un viaje a lo desconocido, intentando entender al prójimo, buscando respuestas a todas mis preguntas, a mis dudas y conflictos, que todavía hoy en día persisten en mayor o menor medida. Durante años no tuve la suficiente independencia para poder viajar físicamente y lo hice leyendo, creando un mundo paralelo en el que la búsqueda de la razón de ser era esencial para poder sentirme a gusto y ser feliz.

Algunos libros me fascinaron desde su inicio y sus primeras líneas han quedado grabadas en mi cerebro como un mantra hacia el éxtasis. «Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por

fuera, que se diría todo de algodón... ». Creo que conformaron una infancia feliz, aunque la soledad siempre estuviera presente en mi vida como si naciera desde adentro hacia afuera, a pesar de los cuidados de mi familia y las relaciones propias de una niña de mi edad.

El principito y Platero y yo fueron dos libros que tuve el privilegio de descubrir muy pronto y con ellos mi fascinación por la lectura se volvió incontenible. Cautiva y embrujada, no pude dejar de leer. A veces me pregunto si la lectura no es más que la búsqueda compulsiva de aquel placer inicial.

En la adolescencia viajé con, *Veinte mil leguas de viaje submarino, Los piratas de la Malasia, La isla del tesoro, Los viajes de Gulliver, Robinson Crusoe, Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas, Los tres mosqueteros, Las aventuras de Tom Sawyer, El maravilloso mago de Oz...* Para mí, eran como los planetas del principito, en cada uno de ellos encontré una manera de ver la vida, de vivirla, de entenderla.

Poco importaba, por entonces, la vida real cuando tenía al alcance universos fantásticos que me llenaban de alegría y gozo. Pero..., el mundo verdadero estaba allí, agazapado, esperándome. Mi padre, un hombre bueno, murió en unos meses carcomido por un cáncer incurable. Su agonía me produjo una gran impresión y su marcha una gran tristeza, pero quizá lo que más me alteró fue ver a mi pobre madre abatida. Creo que ninguna

de las dos tuvimos el suficiente tiempo para darnos cuenta de lo que pasaba y nos fuimos quedando sin él sin percibirlo. Un buen día ya no estaba y su falta nos angustió de forma espantosa. Todos mis actos estaban impregnados por su presencia. Mi madre se quejaba, amargamente, de lo poco que le había durado. En alguna ocasión, me sentí como el principito preguntándole a la serpiente si tenía buen veneno. Sabía que en una de las estrellas que inundaban el cielo por la noche, estaba mi padre con el principito. Para mí estaba muy claro, pero comprendía que a mi madre le costara entenderlo. La vida transcurre en ciclos. Acaba uno y empieza otro. Todo iba a ser distinto. Mi madre se volcó conmigo, ella sabía el sufrimiento que compartíamos. Me quedé desorientada, perdida, desconcertada. Mi padre suponía la protección necesaria para que no me preocupara por nada, simplemente crecía feliz, era todo tan natural y ahora de repente mi vida se rompía. Me hice mayor abruptamente.

Me aislé todavía más en la lectura, me proporcionaba una seguridad de la que no quería prescindir, metida en mi mundo salía lo indispensable. Acostumbrada a leer desde bien pronto, era capaz de enfrentarme con clásicos complicados. León Tolstoi me hablaba desde *Ana Karenina* «Las familias felices son todas iguales; las infelices lo son cada una a su manera». Me sentía desdichada. En el colegio, otra prueba que tuve que pasar, los niños eran muy crueles y me sentía distinta a todos ellos. La vida de Ana Karenina, como la mía, estuvo marcada por el prejuicio de la sociedad que la juzgaba.

Un emperador chino pidió a sus sabios una frase que le sirviera para superar todas las situaciones posibles. La propuesta de los eruditos después de meses de deliberaciones fue «Todo pasa». Y efectivamente, todo pasó y crecí. La vida era dura y mis ilusiones se diluían en una realidad obstinada y terca. Mi madre nunca me lo puso fácil y me transmitió la idea de que para alcanzar cualquier objetivo tenía que ser constante y luchar mucho, así que me trataba sin ninguna conmisericación y su exigencia siempre era máxima.

Era buena estudiante y podía optar por la carrera universitaria que quisiera, pero ¿qué escoger? Isabel Allende en *Hija de la Fortuna*, me decía «Todo el mundo nace con algún talento especial...». ¿Cuál era mi talento? Elegí Química, estuve dudando con Historia o Literatura, pero me gustaba la investigación y pensé que era más adecuado para mí, después de todo podía leer como afición, como venía haciendo hasta ahora.

La universidad me abrió a un mundo desconocido. Fue uno de los periodos más felices de mi vida. La alegría de los amigos y compañeros, su solidaridad, daba sentido al esfuerzo de levantarme todos los días de la cama. El laboratorio me seducía y pronto empecé a participar en las labores de un departamento. Cuando me quise dar cuenta estaba haciendo el doctorado con el ánimo y apoyo de los profesores. Entretanto comencé a leer grandes gestas y biografías de prohombres. Mi admiración y asombro por aquellos hombres y mujeres me daba las fuerzas que a veces me faltaban.

Acabé de estudiar y volví a quedarme sola, contemplando como mi madre se hacía mayor. Nunca se quejó de nada y vivió para ayudarme y apoyarme, siempre pensando en mí. La lectura dejó de ser una mera diversión y empezó a dejar huella en mi vida. Almudena Grandes desde su *Atlas de Geografía humana*, «Hace años que mi cara no me sorprende ni siquiera cuando me corto el pelo», me empujaba a hacer algo con mi vida. Estaba estancada y debía dar un giro a mi existencia. Comprendí que todo se hallaba en los libros, que sin darme cuenta me habían marcado y su lectura se tornó veloz, ávida por encontrar el libro que me diera la siguiente indicación para proseguir mi vida y me encontré con *Nada* de Carmen Laforet «Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, llegué a Barcelona a medianoche, en un tren distinto del que había anunciado y no me esperaba nadie». Me identifiqué terriblemente con Andrea, la protagonista de la obra, con la que me unía la orfandad y la melancolía. Me pareció que era una “chica rara” como yo. *La ciudad de los prodigios* de Eduardo Mendoza «El año en que Onofre Bouvila llegó a Barcelona la ciudad estaba en plena fiebre de renovación», acabó por despertar mi entusiasmo por viajar y conocer la Barcelona de Manuel Vázquez Montalbán, de Carmen Laforet, de Carlos Ruiz Zafón, Ana María Matute, Eduardo Mendoza. Ya había viajado con ocasión del doctorado, por breves periodos de tiempo en los que invariablemente mi madre sufría con mis ausencias, bajaba la vista y decía:

—Es tuya la decisión, acataré lo que tu decidas, aunque siempre te echaré de menos. Si eres feliz yo también lo soy.

En cambio, mi abuela, que en los últimos años había venido a casa a vivir para poder atenderla mejor, me animaba:

—Vive la vida, descubre lugares y personas, se feliz.

Mi madre me miraba de soslayo, por encima de las gafas que la edad le imponía, mientras veía la televisión, cosía y sonreía.

Viajé a Barcelona y fui inmensamente dichosa en aquella capital luminosa, cosmopolita, moderna, progresista, mágica, diversa, elegante y artística... Sabía que las ciudades hay que verlas palpar, recorrerlas, cansarse de buscar, de observar, de comparar, perderse entre la gente y acabar en un lugar inesperado sin ser capaz de recordar de dónde vienes ni a dónde vas, solo contemplando la belleza del presente y siendo feliz. Allí descubrí a Carmen Martín Gaité. ¡Cómo me reconocí en Carmen! Su tragedia personal, la muerte de su hija a la que estaba especialmente unida, me recordó la pérdida de mi padre y trajo efluvios de muerte, esa que de forma constante estaba presente en mi vida desde la marcha de mi progenitor, joven, muy joven, a la edad que ahora cumplía yo, superando sin autorización su edad, como si no estuviera permitido y en cualquier momento pudiera aparecer la Parca a reclamar lo que era suyo. *Caperucita en Manhattan* me estaba esperando para darme a conocer Nueva York, «La ciudad de Nueva York siempre aparece muy confusa en los atlas geográficos y al llegar se forma uno un poco de lío». Era el momento de marchar. Carmen me indicaba donde continuar. No sé qué

hubiera sido de mí si la lectura de los libros hubiera tenido otro orden, pero ellos vinieron a mí cuando quisieron.

En Nueva York, mi rostro resplandecía y mis ojos brillaban de satisfacción con todo lo que iba conociendo. Ya no era la adolescente que un lejano día empezó a viajar por los libros, me había convertido en una mujer capaz de convertir los sueños literarios en realidad. Rosa Montero lo describía perfectamente en *Historia del rey transparente*,

«Soy mujer y escribo. Soy plebeya y sé leer. Nací sierva y soy libre. He visto en mi vida cosas maravillosas. He hecho en mi vida cosas maravillosas». Así me sentía, libre y satisfecha.

Fue entonces cuando me asalto el irrefrenable impulso de escribir, quizá quise plasmar todo lo que iba conociendo y experimentando para no perderlo, quizá quise viajar todavía más lejos que en mis viajes turísticos y literarios y marcar mi propio destino en los libros. Tal vez, en un momento de vanidad, quise trascender. Supongo que fueron un montón de cosas, pero claramente había llegado el momento en que tenía la necesidad de expresar mis sentimientos. Y volví a la casa de mi madre. Centrada en escribir, terminé una novela. Gané un premio importante y después otro y otro y me convertí en una escritora de prestigio. Entonces, cuando estaba en la cresta de la ola, mi madre murió. La muerte volvía a zaherirme y la sensación de soledad que tanto me había acosado años atrás, tornó a mi vida

como si nunca me hubiera dejado. Sin mi abuela ni mi madre la vida tenía cada vez menos interés para mí. ¿Cómo olvidar la ternura de mi madre? Su mirada siempre dichosa escuchándome. Su curiosidad anhelante con cada uno de mis libros, su asombro y sus dulces palabras valorándome. Me sentí otra vez como el principito preguntándole a la serpiente si tenía buen veneno. Ahora que vivía lejos de ella y que mis viajes a lugares distantes para presentaciones de libros y entrevistas lisonjeras eran habituales, mi madre moría. Le pidió a Dios tiempo para poder ayudarme, es probable que Dios decidiera que ya no era necesaria, que ya había cumplido sus objetivos en su existencia y que yo debía seguir sola. Dejé de escribir. A pesar de que sabía que crear era una terapia que me ayudaba, abandoné mis narraciones. Como si, en un acto de rebeldía, quisiera volver a un tiempo anterior. A pesar de que dentro de mí bullían complejos sentimientos, una sensibilidad atormentada y una gran tristeza, de momento no quería compartirlo con nadie. La muerte de mi madre me lanzó de lleno a pensar en mi propia muerte, en la soledad, el tiempo, la oscuridad, la locura... Como siempre, busqué respuestas en las librerías y bibliotecas y encontré *La ridícula idea de no volver a verte* de Rosa Montero. «Como no he tenido hijos, lo más importante que me ha sucedido en la vida son mis muertos, y con ello me refiero a la muerte de mis seres queridos». Buscaba un libro para el duelo, creí que me enseñaría un método para huir del desaliento y encontré algo excepcional que me enseñó el verdadero valor de una mujer, Marie Curie. Y fue desde ella, que había perdido a

su marido en un accidente, aplastado por un coche de caballos, desde la que fui reconstruyendo mi yo interno. Fue muy fácil reconocermé en ella, una mujer que tuvo que luchar desde el principio de su vida hasta el final, por su formación, sus ideales, su trabajo, sus pasiones y su familia. A veces, cuando ves el sacrificio de algunas personas y su determinación por hacer algo y ser alguien, tus vicisitudes pasan a un segundo plano. Madame Curie perdió a su marido y me mostró sus más íntimos sentimientos de sufrimiento, dolor y pena. Aunque me veía en ella como un modelo a seguir, no me consideraba digna de tal comparación. A pesar de todo la lectura me sirvió de tisanas sanadora y me dio la fuerza necesaria para volver a escribir y nació mi novela más importante *Se puede vivir sin ellos*. Otra vez tuve que viajar a presentaciones y entrevistas.

No tenía prisa y me gustaba viajar en barco, en ocasiones el tiempo perdía su sentido y me agradaba malgastarlo en sesiones interminables de lectura y escritura, mientras cruzaba el océano. Probablemente no lo derrochaba, sino que aprovechaba para no tener ninguna otra obligación más que leer en medio del mar. Pasaba mucho tiempo mirando por la borda del buque, soñando, recordando y leyendo, me gustaba sentir el viento y el salitre del mar en el rostro y observar el rastro de espuma en la estela del barco. La tristeza se deslizaba entre las olas formando nostálgicas historias de amor. Viajaba en el mismo barco un representante de mi editorial que en una cena me presentó a un hombre que según me dijo era un pequeño editor independiente. Me llamó la

atención su sencillez, su sonrisa y su cultura sobre libros e historia. Con el paso de los días hablamos de literatura y de cuestiones sociales y humanitarias y sus opiniones eran calcadas a las mías. Me impresionó oírle hablar, recortado contra el océano mientras el sol se ocultaba y se nos hacía de noche hablando sin parar. A solas, en mi camarote, me preguntaba qué me pasaba cuando me daba cuenta de que estaba deseando que llegase el día siguiente para verle, notando que cuanto más se acercaba, más nerviosa me ponía. Recordaba la ternura de mi madre y la sentía diciéndome «Es él, por fin lo encontraste, no lo dejes escapar, es igual de delicado que tu padre». Ya no era una chiquilla y nunca hubiera pensado que iba a encontrar el amor en un viaje planificado para ser solitario. Él compartía mi locura y eso nos permitió hacer planes para vernos en Nueva York y en España. No estaba dispuesta a perderlo.

Entre charlas y diálogos leía y escribía. José Luis Sampedro desde *La sonrisa etrusca* me mandaba mensajes ambiguos. «El niño se acurruca en esos brazos y, riendo, procura asir los crespos cabellos grises. El viejo estrecha esa vida palpitante toda latido a flor de piel». Nunca había pensado en un niño, en un hijo, y el amor que muestra el viejo por su nieto me dejó desconcertada. ¿Por qué ahora? ¿Por qué estos pensamientos que me abruman? ¿Esta lectura conduce a algún lugar? Los libros que más me gustan son lo que me emocionan, los que descubren mis sentimientos más profundos. Y ahora me sentía especialmente sensible.

Unos días después, en una de las cámaras del barco, habilitada a modo de biblioteca, leía con avidez, con la que había aprendido a leer desde pequeña. Unas pocas personas ojeaban periódicos, revistas y libros. Cuando me adentraba en las profundidades de un libro no era capaz de escapar fácilmente de sus entresijos. Estaba absorta con una gran obra del mismísimo Delibes. Enfrascada en la lectura no hice mucho caso del revuelo que parecía estar formándose. Sí que había notado un movimiento brusco del barco, pero la lectura acaparaba toda mi atención y no le di importancia. Cuando ya no pude aislarme de los gritos que invadían las salas y corredores, salí con dificultad a cubierta y enseguida me di cuenta de lo que pasaba. La gente luchaba por encontrar una plaza en las barcas de salvamento. Un marinero, dándome un chaleco salvavidas, me dijo:

—Nos hundimos, ponte a salvo.

¡No lo podía creer! ¡Nos estábamos hundiendo! Justo ahora que quería vivir con todas mis fuerzas, ahora que había encontrado sentido a mi existencia. Me sentí agotada, extenuada, como si llevara conmigo todo el peso de mi vida. No participé del tumulto imperante, era inútil. Me pareció muy difícil salvarse y coloqué mi silla de ruedas a un lado de la cubierta, lejos de la borda, echándola el freno. Tuve un recuerdo para mi madre, el dulce pensamiento de volver a encontrarla y abrí el libro que tenía entre mis manos continuando con su lectura como si

no pasara nada. La gente gritaba angustiada, el barco iba inclinándose con lentitud y el caos se extendía inexorablemente. El inicio del libro decía: «Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así». Tenía suerte, nunca hubiera soñado morir con Delibes.

Repentinamente apareció Gonzalo, el editor de mis sueños, aterrado, mirando hacia todos lados, buscándome con angustia. Me vio y sonriendo disimuladamente se dirigió hacia mí. Le agarré de la mano y le dije:

—Lamento haberte conocido tan tarde Gonzalo, podíamos haber sido muy felices. Sé que te conozco hace poco, pero te quiero.

—No desesperes —me contestó—, ¡saldremos de esta!

No tenía ninguna esperanza, cogida de su mano agarré con fuerza a Delibes y me apresté a morir. Me acordé del poema *Vida* de José Hierro, «Después de todo, todo ha sido nada, a pesar de que un día fue todo (...)».

Las olas llegaban con fuerza hasta el barco y este empezó a desnivelarse, ladeándose peligrosamente. Un golpe de mar arremetió contra mí y perdí la consciencia. Me pareció que su mano se soltaba de la mía y sentí que mi cuerpo flotaba. Tuve la impresión de que Delibes me protegía y quise apretar su libro contra mi cuerpo. Luego, nada.

Abrí los ojos, estaba en una habitación blanca y fría. Supuse que estaba más allá de la muerte, pero un gotero a mi lado delató que se trataba de un hospital y Gonzalo, apretándome la mano, me trasladó rápidamente a la vida real.

Me había cogido en sus brazos arrancándome de mi silla de ruedas para llevarme a una lancha de salvamento. Estaba en un hospital en Nueva York. En la mesilla, milagrosamente, distinguí *El camino* de Miguel Delibes.

M.^a Luisa Maliaño Toca
ACCESIT

¿DE QUÉ HABLAN NUESTRAS BACTERIAS?

Escuchamos una conversación que tiene lugar en alguna de las microvellosidades de las vellosidades de un intestino de homínido, mientras éste dormita una siesta.

—¡Qué me estás contando!, dice el diplococo.

—Pues sí, contesta un bacilo de los que tienen flagelos unipolares para desplazarse más y mejor; mira que son tercos estos homínidos. Aunque todos no, solo los sapiens como este.

—¡Más que tercos! Anda que nosotras llevamos tantos millones de años organizando y dirigiendo vida, para que se creen lo más del universo.

—Ja, ja, ja... tienes razón. ¡Qué simples! ¡Crean que descienden del mono! Y no, no, en todo caso descienden del CHON: C, H,

O, N, jeeee, ¿lo pillas? bueno y algo de azufre y fósforo, como todo lo demás.

—Hace nada y aún hoy, están convencidos de que todo lo que ven existe desde siempre. “Fijismo”, lo llaman, y aunque desde Darwin y siguientes, ellos mismos se demostraron que era una idea irreal que no puede demostrarse y de la que no hay evidencia alguna, tuvieron que aceptar que la vida es diversa porque se adapta al clima y a los cambios geológicos del planeta...

—Déjate. Darwin puso la evolución con datos en el lugar del Creacionismo, que fue un gran qué, pero se empeñó en que esta evolución ocurre a base de una competición continuada y sanguinaria entre individuos y especies. Especies que se inventan ellos, ya que toda vida está forjada con los mismos elementos y todo es una red de adaptación y colaboración.

—Les cuesta olvidarse del “siempre fue así” y de los dogmas que se repiten como mantras. Les cuesta centrar su atención en la razón, en la evidencia, en la curiosidad, en investigar. Fíjate, a Margulis y su teoría de la simbiogénesis, (ya sabes, que la vida no conquistó el planeta mediante combates, sino gracias a la cooperación, vamos que las formas de vida se multiplicaron y se hicieron más complejas asociándose a otras, no matándolas) a esto: ni caso. Por no nombrar a Pedro Kropotkin, el naturista precursor de esa hipótesis y de finales del siglo XIX, el de aquello de que “un hongo y un alga se unen y se forma un nuevo ser, un liquen”...

—Jaaaa... pero qué dices, diplococo, ¡parece mentira que habites las meninges!, Pedro era ruso, escribía en ruso y además de naturalista, era anarquista. Aunque fue de la época de Darwin, ¡como para que le escucharan por estos lares que llaman occidente!

—Ya, ya... Así que se inventan dioses para que les digan qué hacer y pensar, algo que a algunos les va bien ya que viven de ello (o eso “creen” ...), porque terminan dividiéndose entre buenos y malos, inventándose razas y otras locuras que ya ves donde los lleva...

—A ellos y a todas, que ¡jopé! En unos pocos siglos de nada están acabando con nuestro esfuerzo de millones de años de montar vida por tierra, mar y aire.

—Ese es el asunto que te contaba. No acaban de entender que son prototipos de vida como todo lo demás. Fíjate si son tontorrones, que se ponen a investigar cómo conseguir hibernarse para enviarse a ellos mismos a Marte.

—Ya, y resulta que las enzimas para conseguirlo ya están en el sistema de vida, en otros prototipos que hibernan, como los osos polares. Irse a Marte... bajo tierra y sin el resto de los seres vivos que precisan para vivir. Loquísimos.

—Están tan ajenos al entorno, que se creen inventores del submarino, como si los peces, ballenas etc. no desarrollaran esa capacidad hace pffffff...

—O el radar. Anda que los murciélagos no lo tienen niquelado. Pues en vez de admirarlos, los extinguen; o el helicóptero, que copiaron del colibrí...

—Si, ni se fijan en las maravillas de los prototipos que les rodean: el hilo de las arañas, más resistente que el acero... o los ojos de los insectos, que ven otras frecuencias que ellos no pueden ni imaginar; las plumas de las aves, aerodinámicas... en fin, por no hablar de la fotosíntesis. ¡La fotosíntesis!, el gran desarrollo para conseguir convertir luz solar en energía reutilizable.

—Si, ¡que época! construirse azúcares a modo de baterías que cargan con energía solar para luego poder fabricarse con esa energía acumulada todo lo que necesitan, ya sabes, proteínas, lípidos... buscan y buscan lo que ya existe y funciona. Es increíble.

—Y tanto. Las bacterias aprendimos a fabricarlas, primero en un ambiente al que fuimos aportando el agua y el azufre que nos sobraba tras la fotosíntesis.

Fue estupendo, y aún lo sigue siendo. Lo vivo es un sumar habilidades, no un “quítate tú que me pongo yo”. Luego con el agua, cuando había por doquier, desarrollamos la fotosíntesis que consigue más energía y es la que ahora se utiliza por los vegetales. La que libera oxígeno, porque es lo que sobra tras la reacción después de acumular la energía en la glucosa.

—Si, es que incluso, ¡se creen que cada uno de ellos es el resultado de la carrera en que resultó ganador su espermatozoide hacia el óvulo! ¡Siempre tan prepotentes...!

—¿En serio? ¡madrededeu! Pero si es un trabajo colaborativo para ablandar la capa externa del óvulo y que uno de ellos lo fecunde, y no precisamente el primero...

—Que ya te digo: ¡no se enteran! No se enteran del desastre de esquilmar todo lo vegetal. Deberían de estar plantando árboles con urgencia por todas partes y en vez de eso, los queman. Y sin árboles que den sombra y produzcan (junto con nuestras primas las cianobacterias) oxígeno... se cocerán como gambas en nada.

—Calla, calla, que, si se enteran de que las Cianobacterias son responsables de más del 50% del oxígeno, lo mismo se ponen a extinguirlas también, por mucho que vivan en los océanos.

—Si es que la relación simbiótica de vegetal y animal que mantiene el equilibrio de la vida actual, no la enseñan en las escuelas. No les enseñan que el oxígeno que producen los vegetales si no fuera porque lo consumen los animales, se acumularía en más de 21% y... toda la vida fracasaría como existe ahora. Por eso vegetales y animales los desarrollamos como complementarios, colaborando.

—Sí y ¿el invento de las setas? ¡Ah, las setas! ¡Las olvidan! Sin los hongos, ninguna planta podría vivir fuera del agua, porque

recubren sus raíces y son ellas las que incrementan la capacidad de absorción de agua y nutrientes por parte de los árboles, de la vida vegetal. Además, son los hongos los que fijan el CO₂ a la tierra. Son los que trituran, fermentan y así mantienen el ciclo de la vida, que por más que busquen estos homínidos, no hay minas de proteínas. Ja, ja, ja... con lo que ellas trabajan, mira que llamarlas así, setas, ¡pobres setas!

Son vitales para todo ecosistema y toda la vida que lo habita.

—Y dices que no estudian estas cosas tan elementales ¿no? ¿en serio? ¡pero, sin embargo, les enseñan el Creacionismo a sus cachorros!!

—El Creacionismo, sí. Ya ves. Pero de lo comentado, entre poco o nada y de otras cosas tan importantes como la formación de la Luna, con el choque contra la incipiente Tierra de Tea (aquel gran meteorito) y la trascendencia que tuvo para el inicio de la vida: ni palabra. No les enseñan que la luna sigue alejándose (ahora a 3, 80cm/año) y que las mareas kilométricas durante millones de años, cuando la luna estaba cerca, fueron básicas para que la vida se adaptara y pasara de los mares a la tierra.

—Sí, sí. La cantidad de pozas que suponían aquellas mareas y como nos divertíamos experimentando formas de utilizar el oxígeno: que si branquias, que si pulmones, que si ambos... para desarrollar pluricelulares variados adaptados a todo tipo de lugares.

—Oye y tú que eres una bacteria tan enterada ¿sabes qué es eso del machismo?

—Más material de los homínidos sapiens. No se enteran de que la reproducción sexual es una consecuencia por ser pluricelular y que tiene como misión que la descendencia tenga el mayor número posible de información (diversa siempre, para adaptarse, que, si no, con un manual valdría). Es decir, darle los libros (los cromosomas) de ADN al nuevo ser, de tantos ancestros como el invento permite para que tenga recursos ante posibles adaptaciones. Como no atienden a lo que va sabiéndose, van y creen que los que aportan el 50% de dichos libros, son más valiosos que las otras que aportan el 50% de los mismos.

—Pero... eso, es ¡de muy, muy lelos!

—Ya. Pero se lo creen. Creer es cosa de fe, de dogma, no de ciencia, de razonar... Los que ponen el esperma se creen superiores y maltratan, incluso matan, a las que ponen óvulos. Locura total que no hace ningún otro ser vivo, así, de forma sistemática y por lo que ellos llaman “poder”.

—También y por lo mismo, extinguen a las demás formas de vida, arrasan los ecosistemas ignorando la relación de colonias en simbiosis que suponen para toda, he dicho “toda” vida, que lo habita. Además, agotan los recursos de todas, aumentan el metano (que tiene un tremendo efecto invernadero), el CO₂, con-

taminan todos los hábitats, arriesgan la capa de ozono que nos protege de los dañinos rayos del sol...

—Entonces ¿qué hacemos? ¡Son Un peligro planetario!

—Pues mira sí, pero lo bueno que tienen es que, con la Inteligencia Artificial, nos mandarán (aunque no lo sepan) de nuevo al espacio y podremos buscar otro planeta. Nosotras, las bacterias, sabemos que éste, como todos los sistemas solares, explotará en cuestión de unos millones de años. Así que total, van a extinguirse sí o sí.

—Tienes razón. No saben que son envoltorios de bacterias y que su salud depende de nosotras en gran parte.

—Nosotras a lo nuestro. A seguir montando colonias y prototipos de vida, a almacenar lo experimentado en el ADN y a intercambiar y compartir lo aprendido con todas y... ¡nos llevarán al espacio! a continuar experimentando vida.

—Pues estupendo. Tal y como van, no tardaremos en perderlos de vista, se autoextinguirán antes de lo que deberían... que ya ves, ni lástima que me da.

—Desde luego. Por no aportar, ni se entierran cuando mueren para mantener el ciclo de la vida. Ni valoran ni cuidan nada o muy poco, al sistema, así que ¡ya están tardando! Dejémosles,

dejémosles que se lo crean. Son un prototipo fallido que no volveremos a desarrollar.

—Nosotras ahora, vayamos al recto por el sigmoide a ver si nos deposicionan en algún lugar donde podamos sumarnos como microbiota de otro ser, menos inquietante que este...

—¡Vayamos!

Ernesto Romera Redondo
ACCESIT

SOLEDADES

El otoño estaba ya avanzado y en el pueblo aun quedaban dos matrimonios ya mayores, habían ido, como los últimos años a finales de mayo y aunque se encontraban a gusto tenían miedo a quedarse allí todo el invierno, lejos de las comodidades y los cuidados que la ciudad podía proporcionarlos, así que con la llegada de los primeros fríos comenzaron a marchar.

El pueblo “Herrerilla” pertenecía a la comarca de Valdecerros era una zona de monte alto con un arbolado bastante frondoso y pequeños valles en donde asientan los pocos pueblos de la zona, uno de ellos, el mio, en su época de máximo esplendor no albergaría mas de una decena de familias. Estos valles aunque pequeños son fértiles y bien regados pero su escaso tamaño impide una producción hortofrutícola rentable, solo permitían una economía de subsistencia; vivían de la fruta o productos de la huerta que vendían a los propietarios de tiendas de los pueblos

mas grandes o de la capital, de ahí sacaban el dinero para su mínimo mantenimiento luz, zapatos etc además todas las familias tenían gallinas, conejos y criaban uno o dos cerdos y algunas unas cabras para leche y queso con esto podían ir sobreviviendo razonablemente bien para los tiempos que corrían. Con el comienzo del desarrollo industrial la gente fue a ganarse la vida a las ciudades con núcleos industriales que necesitaban mano de obra y se fueron abandonando los pueblos a los que algunos volvían en las vacaciones otros si podían preferían irse a las playas y otros mas contaban con la rotunda negativa de sus hijos a pasar mas de dos días en esos lugares inhóspitos que llamaban el pueblo.

Siendo yo niño ya habían comenzado a marchar algunas familias a las grandes ciudades probablemente en busca de un mejor futuro y en el pueblo quedábamos tres chiquillos, ahora ya no quedaban ni chiquillos ni jóvenes.

Pronto empezarán los días grises, oscuros como el plomo y que me pesaban tanto como él; si que es cierto que tengo una sensación agradable cuando siento gente en el pueblo y puedo hablar con alguien aunque sea de cosas mil veces oídas, mil veces habladas , pero también lo es, que ahora disfruto mas del silencio y de los solitarios paseos entre los ya deshojados frutales y los semiabandonados huertos, conozco cada árbol cada mata, casi cada hierba y los considero compañeros de mi viaje por la vida, no tengo mas.

Las pocas casas que tenía el pueblo se habían ido abandonando progresivamente algunas ya hacia muchos años que estaban en ruina y otras cuantas llevaban el mismo camino, el proceso siempre era el mismo primero apremiados por sus hijos o por sus arrechuchos se iban durante el invierno, después aunque volvían en verano venían cada vez mas tarde y se iban cada vez mas pronto hasta que un buen año ya no volvían, me dejaban las llaves de sus casas para que las cuidase, me llamaban por teléfono de tarde en tarde para preguntar por su casa y luego ya nada, a veces me enteraba por boca de algún vecino de los que todavía venían alguna vez al pueblo, de como estaban o de si aun estaban.

Con la llegada de las Navidades a veces todavía venia alguna familia que habría la casa unos días y pasaba allí las fiestas, no era muy frecuente porque si el invierno venia frío, y eso era lo habitual, calentar esas vetustas casas era difícil y solo conseguías un ambiente templado, que no cálido, cuando ya había que marchar. Pues bien cuando esto sucedía solían invitarme a cenar la Nochebuena y comer el día de Navidad yo me ponía mis mejores galas, no soy muy hablador quizá por la falta de costumbre pero tras una larga abstinencia me agrada escuchar la conversación e incluso pronunciar algunas breves palabras y oírme un poco, porque es cierto que aunque hablo algo con mi perro al cual llamo sencillamente "Perro" pues como no tiene mas competencia en el pueblo ya sabe que si digo perro no puedo dirigirme a otro que no sea el; hablo muy bajito y casi no me oigo, incluso hay

veces que no entiendo lo que digo, en fin me gusta tener estos ratos navideños porque sé que luego voy a tener un largo periodo de aislamiento y abstinencia de la palabra aunque alguna rara vez por la estrecha carretera que lleva al pueblo y muere allí y por la que no circulan prácticamente coches y menos aun en época invernal oigo llegar algún coche que para en el pueblo, entonces me asomo a la ventana o salgo a la calle para intentar averiguar quien es el inesperado visitante, esto me permite charlar un ratito mientras le informo de que muy probablemente ha sido una victima inocente del navegador de su coche.

Mi padre murió siendo yo muy joven y el peso de la casa y el campo cayó sobre mi, como contrapartida eso me permitió librarme de la mili, mi hermano no se libró y tuvo que ir por la zona de Levante, creo; una vez acabó su servicio militar no volvió por casa ni volvimos a saber de él así que yo me quedé en el pueblo cuidando de las tierras y de mi madre, la cual durante unos años se cuidaba bien ella sola, pero fue perdiendo la cabeza progresivamente, sus últimos años fueron para mi los años mas duros que recuerdo sobre todo al final que mi madre no me conocía, era ya un ser hierático que no manifestaba emociones, ni sentimientos, darla la comida a la fuerza, asearla a la fuerza, levantarla a la fuerza vestirla y desvestirla a la fuerza era un ejercicio física y emocionalmente agotador, no saber si sentía o no, si la estaba haciendo un favor o la estaba haciendo sufrir intentando que siguiese viva; yo pensaba que mi madre no se merecía esto, había sido una mujer sencilla y trabajadora

que había conseguido mantenernos vivos y alimentados lo que en aquellos tiempos no era poco; i mi hermano ni yo habíamos podido estudiar mas que la escuela básica, lo suficiente para saber leer escribir y hacer cuentas, fui aprendiendo mas de manera autodidacta gracias a la tele y sus documentales, a mi curiosidad y a la lectura, en aquel tiempo leía mucho por las noches para entretener el duermevela en el que me tenia la vigilancia de mi madre.

Por entonces aun vivían de continuo en el pueblo en una casa enfrente de la mía un matrimonio ya casi de la edad de mi madre eran Julio y Emilia ellos me hicieron la vida mas sobrellevable me ayudaron muchísimo con mi madre me acompañaban a veces en casa durante el invierno mientras la cuidaba; uando un día a finales de otoño me dijeron apesadumbrados que se iban, que Sara, su hija había comprado un piso al lado del suyo para ellos, porque estaba segura que iban a estar muy bien y como tenia toda la razón del mundo se iban, con la intención de volver con el buen tiempo y pasar aquí los veranos. Julio y Emilia tenían dos hijos David y Sara, eramos amigos y estábamos siempre juntos jugando indistintamente en su casa o en la mía, íbamos al colegio de Herrera, a veces teníamos suerte y nos llevaba alguien, otras veces teníamos que andar esto nos daba pie durante el largo camino a muchas risas muchos secretos, muchos sueños y muchas confidencias, una vez que terminamos en la escuela yo ya no seguí estudiando, pero comencé, aunque yo aun no lo sabia una licenciatura en soledades, ellos siguieron sus estudios

en el instituto de Barnail donde se quedaban allí internos prácticamente todo el curso.

Aunque la capacidad económica de nuestras familias era parecida ellos contaban con la gran ayuda de un hermano de Emilia el cual había dejado el pueblo para ir al servicio militar y ya no había vuelto al pueblo salvo alguna visita tan esporádica como breve, se estableció en la capital donde empezó trabajando en una pequeña tienda de electrodomésticos se quedó con el negocio cuando se jubiló su dueño y fue expandiendo su negocio contando en aquellos tiempos con unas cuantas tiendas en distintas zonas de la capital estaba casado pero no tenían hijos y para él y su mujer David y Sara eran como sus hijos y podían contar con su apoyo para todo aquello que necesitaran, gracias a ellos pudieron seguir estudiando y fuera de casa durante todas sus carreras e incluso en sus primeros años de trabajo

Una vez siendo niños en medio de un juego Sara y yo nos besamos, aquello me impresionó más de lo necesario y durante la adolescencia creo que estuve enamorado de ella y aunque cada vez la veía menos cuando esto sucedía yo entraba en una especie de nirvana, lo que en aquel entonces llamaban embobamiento, mi madre sonreía comprensiva, pero con cierta tristeza que entonces yo no comprendía, pero que seguramente era porque sabía que era un amor sin ningún futuro y que tal vez me hiciera sufrir y así fue, aunque la verdad es que tampoco se puede hablar de un gran sufrimiento y además aquello me dejó un poso dulce que aun recuerdo.

Cuando terminaron el instituto en Barnail fueron a estudiar a la capital donde él comenzó una ingeniería y ella medicina, recuerdo que de niña ya quería ser medico, volvían al pueblo a pasar las vacaciones cada vez con menos frecuencia; lo primero que hacían en cuanto venían era ir a buscarme para dar un largo paseo por el campo, nos seguíamos queriendo, hablábamos y nos tomábamos unas cervezas pero eran dos mundos distintos, ellos hablaban de muchas cosas que yo desconocía y eso me hacia sentirme un poco al margen, estaba claro que nuestros mundos estaban divergiendo a gran velocidad, cuando terminaron sus carreras David comenzó a trabajar en Noruega y allí seguía viviendo, Sara se fue a Málaga a especializarse en Traumatología y allí siguió trabajando.

Cuando aquella tarde Julio y Emilia me dieron aquella noticia me alegré por ellos y les animé como pude pero a mi se me cayo el mundo encima aquella noche lloré desconsoladamente , la situación de mi madre me pesaba cada vez mas y estaba a punto de sobrepasarme alguna vez llegue a pensar en acabar con su vida y luego con la mía no sabia como hacerlo pero no podía mas, aun así seguí para adelante y pasamos lo que hasta la fecha, al menos para mi, fue el peor invierno de mi vida, ese verano murió por la noche sin que yo notase nada quiero pensar que ella tampoco.

Sentí alivio y a la vez un tremendo vacío afortunadamente era verano y había algún vecino pasando unos días, lo que me ayudo

a superar el bache, para cuando llego el otoño y me quede solo ya me encontraba bastante asentado

Cuando desperté por la mañana noté el frío en la habitación, me asomé a la ventana había niebla y el campo estaba blanqueado, era la primera helada de las muchas que vendrían durante el invierno. Sentí un escalofrío y me metí de nuevo en la cama caliente, recordé los fríos de mi niñez el ladrillo caliente en la cama, los sabañones en manos pies y orejas, me estaba quedando helado solo de pensarlo así que me levante y encendí la cocina económica y la salamandra del salón Perro estaba a su lado tumbado en su manta, cuando la cocina cogió calor desayuné y me preparé para salir.

Me gustaba pasear los días de niebla en los que el paisaje de sobra conocido se tornaba misterioso, no se ve que hay detrás de la niebla y de ahí podía surgir algo nuevo, desconocido, distinto que al menos por un momento me sacase de mi placida y a veces aburrida existencia. El perro mucho menos romántico que yo, había preferido quedarse en casa así que emprendí el camino en solitario y pensé en dirigirme a “Herrera”el pueblo mas cercano a Herrerilla, pero aun así distante unos ocho kilómetros , con la intención de ver si quedaba alguien con quien poder charlar un rato, mientras caminaba iba sumido en mis pensamientos queriendo imaginar como seria ahora mi vida de haber tomado otras decisiones, tal vez tendría mas compañía, podría tener mujer, hijos, quizá mas dinero viviría en una populosa ciudad rodeado

de gente. Solo de pensarlo me agobié, en realidad me gustaba vivir así; en la naturaleza solo, pero eso si pudiendo hablar de vez en cuando con alguien que no fuese mi perro que ciertamente me escuchaba muy atento, pero hasta ahora nunca había seguido una conversación.

En esto iba, cuando de entre la niebla surgió un corzo que se paro en medio de la carretera, me miró detenidamente y huyó rápidamente; e pregunté ¿este tendrá la misma sensación de soledad que yo? Me respondí que seguramente no, que probablemente su concepto de convivencia era distinto

Tras dos horas de camino llegue al pueblo no vi a nadie por la calle y si muchas casa cerradas pero si vi que de una chimenea salia humo era de la casa de Dioni fui para allá, llame y me abrió el Dioni me invitó a pasar a la cocina donde estaba sentada Concha; u mujer, desgranando alubias, me ofrecieron un café y me senté con ellos a desgranar, mientras hablábamos, como siempre, del pasado, en la chapa de la cocina tenían un puchero de garbanzos con carne y me invitaron a almorzar con ellos lo que yo por supuesto acepté, me comentaron mientras comíamos que sus hijos querían que fuesen a pasar las Navidades con ellos a la capital ellos habían hecho la contrapropuesta de que fuesen los hijos al pueblo, a lo que parece ser los nietos habían ofrecido una resistencia numantina así que no sabían lo que harían al final probablemente se irían, si se quedaban, me invitaban a la cena de Nochebuena ó la comida de Navidad se lo agradecí y me

despedí para emprender el camino de vuelta pues no quería que se me hiciese de noche por el camino, seguro que ya se habían apagado los rescoldos de la cocina y quería caldear un poco la casa antes de sentarme a cenar.

La verdad es que muchas oportunidades de encontrar pareja tampoco he tenido lo que no es raro porque lo que se dice un buen partido tampoco es que lo haya sido, seguramente en esos años yo también mostraba cierto miedo al compromiso, a tener que ceder en cosas que yo pensaba fundamentales y que ahora me parecen banales cuando no estúpidas o sea que si además de no ser un buen partido, iba con exigencias y además la víctima se fijaba un poco en el pueblo, mis posibilidades quedaban sensiblemente mermadas, pero en fin de haber milagrosamente sucedido y ahora vivir en la ciudad ¿echaría de menos el pueblo? Lo añoraría? Pues no lo sé, pero lo que si es seguro es que Perro me pondrá mala cara cuando llegue, pero todo quedara en eso, no habrá mas reproches ni malas caras al día siguiente.

Esta semana pasada a mediados de semana paso por el pueblo Ernesto con la furgoneta de reparto de un supermercado de Barnail.

Barnail es el pueblo cabecera de la comarca de Valdecerros es un pueblo grande a unos cuarenta y cinco kilómetros de Herrera y a Ernesto el propietario del súper le gusta, cuando puede, ir a llevar pedidos y charlar con las gentes que quedan

por los pueblos del entorno, nos llevamos bien y cuando va a repartir me hace una visita y me llama previamente para ver si necesito que me traiga algo, si no tiene mucha prisa se queda conmigo un rato mientras picamos algo, esta vez fuera de pedido traía un poco de jamón y una loncha hermosa de tocineta para almorzárnosla con la condición de que fuese yo el que lo hacia, lo hice muy gustosamente y allí estuvimos un buen rato luego me acompaño a la huerta y le regalé un buen manojo de puerros y un par de repollos, me explico como preparaba el los puerros en “porrusalda” así que cogí otros cuantos para mi para ensayar la receta mañana mismo y pasar así el rato, le dije que le llamaría antes de Navidad a ver que me ofrecía para una buena comida, y se fue.

Se estaba acercando ya la Navidad y la familia que solía venir todos los años a pasar las fiestas aun no me había avisado, cuando se fueron en otoño me aseguraron que vendrían y que contaban conmigo para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad, me solían llamar antes para que visitase la casa para ver si estaba todo bien o hacia falta alguna cosa pero este año no me avisaron y eso me hizo sospechar que muy probablemente mi Navidad seria solitaria y que las Navidades futuras tampoco prometían mas , ciertamente me dio un poco de bajón pero luego pensé que la Navidad que pasé con mi madre antes de su muerte fue mas dura. Total que decidí ponerme el mundo por montera y “tirar la casa por la ventana” para celebrar unas Navidades absolutamente solitarias, bueno exceptuando a Perro.

Llame a Ernesto y le hice un pedido como para pasar un mes y el fuera de pedido añadió unas cajas de vino, que me cobró a precio de bodega y unas bolsas de dulces como complemento gratuito, de esta manera yo celebré las entrañables fiestas por todo lo alto y colateralmente le deje a Perro con un montón de apetitosos restos para que el pudiera así mismo celebrarlas aunque no tengo constancia de que en ese relato aparezca ningún perro ni siquiera como actor secundario, total que Perro y yo lo pasamos razonablemente bien y había que irse acostumbrando.

En realidad no sabia que pintaba yo allí, aunque he salido del pueblo a trabajar esporádicamente, siempre por la comarca, si me gusta esta vida, me siento a gusto en la naturaleza, pero tampoco he conocido otra cosa mejor, podría haberme ido de joven como mi hermano que tras el servicio militar jamas había vuelto por el pueblo ni llamó ó preguntó ó se interesó por como estaba madre ó yo, si estábamos vivos ó muertos, si necesitábamos algo ó no; solo apareció por el pueblo cuando muy enfermo y avejentado necesitó ayuda y cuidados, yo lo deje entrar en casa porque también era suya, lo despreciaba, no quise saber, ni preguntar nada sobre que había sido su vida.

Durante los menos de dos años que duró, le atendí lo mejor que supe pero no pude mostrarle el más mínimo aprecio. Cuando murió no sentí su muerte, el me había dejado para hacer su vida y yo seguiría haciendo mi vida solo.

Si, podría haberme ido de joven y no sé por qué no lo hice, pienso que en gran parte porque me sentía incapaz de dejar a madre sola y en parte también por miedo, por cobardía, por falta de iniciativa, no sé, ahora tendría otra vida quizá mejor quizá peor, pero también tendría sobre la conciencia el peso de haber dejado a madre sola y además quizá echase de menos el pueblo, el silencio, la soledad las nieblas, bueno el caso es que aquí estoy y no parece que vaya a ir a ningún sitio al menos de vivo y de muerto tampoco creo que vaya a ir muy lejos, pero me importará menos.



**Colegio de Médicos
de Cantabria**